

# SEGURIDAD: UN CRECIENTE ACTIVO ECONÓMICO

Juan Claro González \*

En primer lugar, quiero agradecer al Almirante Miguel Vergara, Comandante en Jefe de la Armada, por su valiente invitación, que da la oportunidad, a un empresario sin experiencia ni conocimientos específicos en materias de defensa, de compartir algunas ideas o intuiciones respecto a los desafíos que el país enfrenta en materias de defensa.

Cuando recibí esta amable invitación, pensé que podría haberse tratado de un error, pero una segunda reflexión me hace entender esta exposición como una conversación abierta, que sólo compromete al expositor, y que puede ayudar a conectar distintas visiones de la realidad nacional.

Y esto de conectar visiones tiene a mi juicio, un importante valor, por al menos las siguientes dos razones:

- Colabora a recrear una visión más integrada de proyecto país.
- Y en segundo lugar, creo que son muchos los ejemplos donde la interacción interdisciplinaria hace “saltar la liebre”, como cuando un físico de partículas inventó el container, hoy intensivamente utilizado en el transporte marítimo, o cuando, las FF.AA. de los Estados Unidos crean un nuevo protocolo de comunicación, hoy conocido como internet, cuyo objeto original fue el de evitar la caída de las comunicaciones frente a la destrucción de un centro de conmutación y que terminó revolucionando la conectividad en el mundo; o como cuando Michael Porter nos enseña evaluación estratégica de proyectos económicos, con un lenguaje y visión de estrategia militar (fortalezas –debilidades – amenazas – oportunidades). No en vano, los neurofisiólogos descubrieron que la inteligencia de un organismo no se correlaciona con el número de neuronas, sino con el número de conexiones que existen entre ellas.

Bueno, es en este contexto exploratorio que me voy a tomar la licencia de reducir mi exposición a un nuevo fenómeno que emerge y se superpone a las amenazas tradicionales.

Y para esto quisiera partir haciendo algunas reflexiones sobre el dramático atentado a las Torres Gemelas de Nueva York. Estoy seguro que si le pregunto al distinguido auditorio en 20 años más sobre esta acción terrorista, todos se acordarán donde estaban en el momento cuando el atentado ocurrió.

Sin duda nos impresionó el terrible drama humano ocurrido en el centro del país militarmente más poderoso del mundo, pero lo que a mi juicio nos resultó más escalofriante, fue lo descrito lúcidamente por nuestro escritor Jorge Edwards cuando señaló: *“es la modernidad misma, bajo cualquier sistema político y económico, lo que ha sido puesto en tela de juicio”*. A partir de ahora, advierte el escritor, los adversarios de ayer deben unirse hoy frente a un enemigo común, que niega el progreso y reivindica fanáticamente el pasado.

En este sentido, es evidente que no sólo Estados Unidos se vio amenazado, sino por sobre todo nuestra idea de progreso, nuestros valores esenciales como el respeto a la vida, la libertad, el imperio del derecho, en fin, lo que verdaderamente pareció ponerse en juego es al mundo tal cual lo conocemos y que nos esforzamos pacíficamente en mejorar.

¿Y cuáles son algunas de las características que inaugura el conflicto que nace con el atentado de las torres?

a) En primer lugar, fue un evento sorpresivo. Todo parecía marchar linealmente después de la caída del Muro de Berlín: las democracias instalándose, las economías abriéndose, el mercado ganando terreno como asignador de recursos, la globalización avanzando sin retrocesos, cuando sin previo aviso, la modernidad parecía ponerse en tela de juicio. Fue corto el verano sin una anomalía que desafiara ese paradigma que nos hablaba de haber llegado al fin de la historia.

Y cabe preguntarse: ¿debió haberse previsto una acción terrorista de esta naturaleza? Tuve la oportunidad de reunirme, a finales del año pasado, con un ex almirante de la Armada Real Británica, el cual nos comentaba cómo los oficiales jóvenes hacían ver insistentemente la amenaza inminente que significaba la organización Al Qaeda y la vulnerabilidad generada por el desmantelamiento de los servicios de inteligencia después de la guerra fría. Sin embargo, como nos relata el almirante con cierto grado de decepción, la plana mayor de la Armada Británica, formada bajo la lógica de la guerra fría, desestima la advertencia de los jóvenes oficiales.

Esta historia nos sugiere que, en el complejo mundo actual, es conveniente estar alerta y ampliar las miradas para entender las nuevas amenazas potenciales. (No en vano, desde hace algunos años, los bancos de inversión ingleses han incorporado ejecutivos con estudios en historia y filosofía para dirigir sus operaciones internacionales).

b) Una segunda característica de este conflicto es que no es entre estados. La amenaza se organiza dentro de diferentes estados y no reconoce fronteras.

Esto la hace geográficamente indeterminada, no existe un campo de batalla donde se defina el término de la agresión. Demás está decir que ocupar la zona de conflicto es imposible: Al Qaeda está instalado en aproximadamente 60 países.

Frente a esta realidad, no le basta a Estados Unidos su gran poderío militar, sino requiere, además establecer diálogos que promuevan la cooperación multilateral y contar con aliados menores que colaboren en la labor de mitigar las nuevas iniciativas terroristas.

c) Las nuevas organizaciones terroristas ganan en efectividad usando tecnología fácilmente obtenible por cualquier ciudadano. Se trata de terrorismo que opera digitalmente al margen de los códigos tradicionales de la guerra y con acceso a armas atómicas, biológicas o químicas.

d) Al menos en este caso la agresión responde a una reacción en contra de la globalización, que se nutre del drama de la pobreza, el fundamentalismo religioso y la intolerancia.

He querido elegir el conflicto iniciado por el atentado de las Torres, porque pienso que sus características nos iluminan respecto a nuevos desafíos que posiblemente deberá enfrentar nuestro gasto en seguridad.

Si consideramos estas características, parece posible afirmar que junto a los roles tradicionales de la Armada de Chile, de la defensa del territorio y la protección de los intereses nacionales a través de la proyección de su potencia naval, emerge un fenómeno nuevo, del cual no será posible sustraerse, ya que formará parte de la inserción internacional requerida para el desarrollo de nuestro país.

En relación con este fenómeno que emerge, organizaré el resto de mi exposición bajo el siguiente hilo conductor:

- En primer lugar, analizaré algunos aspectos económicos vinculados con la mayor o menor seguridad (Gasto en seguridad, una inversión necesaria para la competitividad de la economía).
- En segundo lugar, exploraré posibles nuevos espacios en donde la Armada podría eventualmente potenciar su rol.
- En tercer lugar, sólo haré algunas consideraciones que pueden ser útiles para eficientar la inversión en seguridad (Consideración para una inversión eficiente en seguridad).

No cabe duda que el atentado ciertamente afectó la economía mundial. En el corto plazo, aumenta la incertidumbre, cae la demanda por bienes y servicios, y los inversionistas prefieren resguardarse en renta fija por temor a las consecuencias impredecibles. Pero más allá de lo inmediato, que en un país como Estados Unidos tiende a superarse con rapidez, es posible que se produzca un shock de costos, asociados a los mayores requerimientos de seguridad, de magnitud no despreciable y que, posiblemente, hipotecará parte del crecimiento de la economía de los Estados Unidos.

Por encima del ciclo recesivo de las principales economías desarrolladas, el atentado impacta negativamente la competitividad de la economía norteamericana, reorientando parcialmente a un país que focalizaba sus recursos humanos, financieros y tecnológicos al aumento de la productividad, en un país que deberá ahora orientarse al objetivo de la seguridad. Y esto no da lo mismo, por cuanto productividad es aumentar la producción, reduciendo los costos; en cambio, seguridad es aumentar los costos produciendo lo mismo. Más por menos versus menos por más.

Un connotado economista asesor del gobierno peruano, durante el período cuando el Sendero Luminoso operaba a diestra y siniestra, nos cuenta cómo en las fábricas peruanas la mitad de los trabajadores estaban abocados a labores de seguridad y sólo la otra mitad a la producción. ¿Se imaginan cuál habría sido la pérdida de competitividad del aparato productivo en estas circunstancias?

Pienso que las expectativas de un shock de costos sobre el aparato productivo norteamericano no es despreciable y representa uno de los factores que agrava la crisis financiera actual, caracterizada por un capital temeroso frente a la incertidumbre.

De hecho los analistas económicos han cambiado su discurso:

- Antes decían: el crecimiento de la economía de Estados Unidos deberá ir de menos a más.
- Hoy dicen: que deberá ir de menos a más, en tanto no ocurra un nuevo atentado terrorista.

¿Y qué tiene esto que ver con la economía chilena?

El crecimiento de una economía abierta como la nuestra se basa en el aumento de las exportaciones, las cuales dependen significativamente de la demanda de los mercados de las economías desarrolladas.

El menor crecimiento de estas economías afectan negativamente los términos de intercambio y reducen nuestro crecimiento. Esta es una situación sobre la que no podemos actuar: sólo nos cabe esperar que las condiciones externas se normalicen.

Pero en lo que sí podemos actuar, es en la mantención y/o incremento de la seguridad necesaria para llevar adelante competitivamente nuestras actividades económicas. Nuestro nivel de seguridad es, hoy día, un verdadero activo económico en un doble sentido:

- Nos permite evitar el shock de costos de otros países y de esta manera ser más competitivos en términos relativos.
- Nos permite exhibir un país donde las instituciones funcionan con estabilidad macroeconómica, sin acciones terroristas o de narcotráfico significativas y sin amenazas de otros Estados, entre otras cosas, gracias a la proyección de nuestro poder naval. Estas condiciones nos hace elegibles para atraer inversiones en actividades intensivas en seguridad, que empiezan a emigrar desde otros países, donde los costos privados de seguridad las hacen económicamente inviables. Esto es particularmente cierto, cuando se mira la región y constatamos la inestabilidad política, económica e institucional existente. Y algo de esto ya lo estamos percibiendo, cuando corporaciones transnacionales empiezan a radicar su centro de operaciones para Latinoamérica en Chile, o cuando líneas aéreas instalan su centro internacional de informática; o cuando se prestan servicios de back office desde Santiago al resto del mundo, o cuando se incrementa el turismo de elite; o cuando un complejo petroquímico prefiere instalarse en Chile, aun cuando los hidrocarburos están localizados en el país vecino, etc.

En síntesis, podemos, en primer lugar, afirmar que la seguridad es un activo necesario para el crecimiento económico requerido para derrotar el desempleo y la pobreza.

En segundo lugar, quisiera compartir con ustedes algunas especulaciones respecto a posibles nuevos roles que podría asumir la Armada Nacional frente a estas nuevas amenazas, que no reconocen fronteras y que pretenden poner en tela de juicio la integración política y económica del mundo que comparte nuestra idea de progreso.

Estados Unidos, a la cabeza, requerirá de aliados mayores y menores para combatir las amenazas potenciales de los grupos fanáticos e intolerantes con la creciente globalización. Esto, tanto porque una alianza multifacética dará mayor peso político a las acciones de defensa, como también porque es muy posible que pequeños países, como el nuestro, tengan la capacidad de desarrollar habilidades que le permitan asumir roles parciales de vigilancia o defensa en áreas determinadas.

Nuestro país cuenta con el grado de credibilidad necesario para asumir tareas conjuntas de defensa, no sólo en nuestro mar territorial de 4,7 millones de km<sup>2</sup>, sino además en aguas internacionales por las cuales se transporta el comercio internacional y los cientos de billones de bits por segundo de información que transitan a través de los cables de fibra óptica submarinos. (La conectividad informática es hoy día el verdadero sistema nervioso del mundo, y transita por el fondo de los océanos).

Creo que explorar posibles nuevos espacios, permitiría a nuestro país asumir nuevas tareas que impacten positivamente nuestra economía, por al menos las siguientes dos consideraciones:

- Profundizaría la relación con los Estados Unidos y Europa, lo que debiera darnos ventaja para avanzar en los acuerdos comerciales y económicos.

- Se podrían potenciar encadenamientos productivos nacionales intensivos en alguna tecnología específica que, en este nuevo escenario, sería factible de transferir.

En síntesis, es posible que los nuevos desafíos de seguridad representen una oportunidad para ampliar el rol de la Armada con actividades que generan externalidades económicas positivas para el país.

En tercer lugar, me permitiré compartir algunas reflexiones no sistemáticas sobre posibles áreas de innovación, que eventualmente pudieran colaborar a la eficiencia en el gasto de la Armada. La primera área de interés que surge es el análisis sobre el grado de obsolescencia del material de la Armada, a la luz de al menos dos factores:

- La irrupción de nuevas tecnologías que, a primera vista para un inexperto como el que habla, pareciera sugerirnos que el mar será cada vez más controlado desde el aire, debido al desarrollo de misiles cada vez más efectivos y menos costosos. Y en este mismo sentido, la vigilancia parece venir desde los satélites que orbitan en el espacio.

- El segundo factor dice relación con que el nuevo tipo de conflicto intra-estados no requiere de despliegues masivos, sino más bien selectivos. Resultó un contrasentido ver a Estados Unidos focalizado en el desarrollo de la guerra de las galaxias bajo la lógica de la guerra fría, mientras el Pentágono era objeto de una agresión terrorista que utiliza un avión comercial de línea.

Una segunda área de interés para innovar podría estar relacionada con la estrategia de mantenimiento de la flota de la Armada.

En la guerra tradicional, es probable que el resultado se juegue por la capacidad de desplegar toda la fuerza al mismo tiempo. Eso obliga a reducir la probabilidad de falla de una nave al mínimo, por cuanto el costo alternativo en medio del combate naval es prácticamente infinito. El material asociado a las nuevas amenazas no tienen un campo de batalla masivo, por lo que, posiblemente, convendría evaluar estrategias de mantenimiento más económicas.

Una tercera área, que sugeriría explorar, la podríamos llamar de costo incremental en dos sentidos. Se trata de explorar cómo podría la Armada incrementar sus ingresos como proveedor de servicios a costo marginal (por ejemplo: la pesca, prospecciones hidrobiológicas, cables de telecomunicaciones, etc.) y, por otro lado, cómo pueden los civiles realizar labores de defensa usando sus propias naves (por ejemplo: patrullajes, vigilancia, barcos susceptibles de realizar funciones duales en caso de conflicto, etc.).

Una cuarta y última área, donde quizás podamos innovar, dice relación con el desarrollo de la industria proveedora de la Armada. Se trata de crear las condiciones que permitan conectar virtuosamente a los emprendedores, con la tecnología, una industria financiera que los acompañe y el mercado con el objeto de crear nuevos espacios para el crecimiento de nuestra economía.

Para terminar, quisiera brevemente referirme al concepto inverso por el cual me invitaron hoy día a conversar con ustedes.

No cómo el gasto eficiente en defensa es un factor de crecimiento, sino más bien cómo el crecimiento económico genera seguridad.

Estamos convencidos que el crecimiento debiera ser un objetivo nacional desarrollado con visión de Estado, igual que la defensa. Porque sin crecimiento económico no hay empleo,

y sin empleo, la sociedad se polariza y los problemas sociales quedan condenados a seguir esperando. Sin crecimiento el país no es viable institucionalmente.

Hoy día nos encontramos enfrentados a un entorno económico internacional y regional adverso. Pero nuestras instituciones funcionan y contamos con estabilidad fiscal y monetaria sobre la cual debemos construir una economía cada vez más competitiva con el objeto de reestablecer el crecimiento.

Y para esto debemos focalizarnos en un proyecto país, si no queremos quedar a la deriva entre las nostalgias del pasado. Es una tarea de todos y que no puede esperar, porque en altamar, al igual que en el mundo globalizado, no existen caletas para resguardarse ni soluciones mágicas de esas que dejan la nave enfachada. Se debe alivianar la carga y ceñir las velas para llegar al puerto del desarrollo para el bicentenario.

Y en esta tarea estamos seguros que la Armada hará una vez más su parte, por cuanto los marinos saben muy bien que en medio de una tormenta, no es prudente temer a la adversidad.

\* Ingeniero Civil y Magíster en Física Teórica de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Presidente de la Sociedad de Fomento Fabril (SOFOFA) desde junio de 2001.